

Ser maestro en tiempos de Covid-19 y bajo el manto neoliberal

Carmen Helena Guerrero Nieto⁴

Son tiempos extraños los que vivimos. Un buen día dejamos las oficinas, las aulas, los cubículos, y, en fin, todos los lugares de trabajo a donde solíamos ir religiosamente todos los días, y terminamos encerrados en nuestras casas para protegernos del temible Covid-19. Dejamos en esos lugares las cosas usuales como siempre, como si muy pronto fuéramos a volver...memorias USB, libros, fotocopias, una chocolatina mordida, el cargador extra del celular, y, en fin, las huellas de que estuvimos allí y de que planeábamos seguir estando allí al día siguiente. Pero, han pasado las semanas y los meses, y no hemos regresado. La incertidumbre es mucha frente a cómo vamos a volver a vivir la vida de aquí en adelante.

⁴ PhD in Second Language Acquisition and Teaching y Magíster in Second Language Acquisition and Teaching por la Universidad de Arizona, Magíster en Lingüística Aplicada a la Enseñanza del Inglés por la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Directora del grupo de investigación ESTUPOLI – Estudios Críticos de Políticas Educativas Colombianas. Profesora titular de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. chguerreron@udistrital.edu.co

Muchas reflexiones nos han dejado este momento que nos está tocando vivir. Reflexiones sobre el tiempo, para quienes vivimos en ciudades grandes y debemos usar al menos tres horas en desplazamientos diarios; reflexiones sobre las relaciones sociales y familiares; reflexiones sobre lo necesario, sobre lo urgente, y sobre lo esencial. Y también muchas reflexiones sobre la injusticia, sobre la pobreza, sobre la desigualdad. La pandemia nos ha mostrado una realidad que quizás conocíamos pero que, muy a propósito, dejábamos en el último rincón de nuestro cerebro. Ha demostrado que el maravilloso sistema capitalista falló; este que prometió libertad y felicidad fundamentadas en el libre mercado (Harvey, 2007), y que, aunado con el pensamiento neoliberal, se encargó de alimentar en los individuos la idea de que el esfuerzo personal era lo único necesario para “salir adelante” y ser exitoso (Han, 2017). Así, se labró el camino para desmontar el Estado de bienestar y se vendió la idea de que este era nocivo para la consecución de esa anhelada libertad y felicidad. Pero hoy, somos testigos diariamente de la cantidad de empresas privadas y de emprendedores que le claman al Estado (a ese del que han renegado desde siempre) que les otorgue subsidios para no quebrar en estos tiempos de pandemia.

Pero no solo esto ha quedado al descubierto. Lo han sido también las enormes falencias de nuestro sistema educativo que, alimentado por el neoliberalismo en lo ideológico y en lo económico, ha dejado ver la tremenda desigualdad que existe en nuestro país en términos de acceso, infraestructura, capital humano, etc. Han sido ya treinta años de neoliberalismo

en las escuelas y los resultados no pueden ser más desalentadores: escuelas públicas desfinanciadas, maestros sobrecargados y mal pagos, currículos pensados para satisfacer las necesidades del mercado, y obsesión con las pruebas estandarizadas, entre otros. La incidencia del neoliberalismo en esos aspectos es tangible. Pero, hay muchos otros en los que su efecto es más sutil y, por tanto, más difícil de combatir; aquí, me referiré a dos, que, considero, merecen ponerse sobre la mesa: uno, tiene que ver con la obsolescencia del modelo educativo; y el otro, con la hipervigilancia –al estilo del Gran Hermano amigable, como lo llama Han (2017)– y la desconfianza que se ha instalado entre nosotros.

Obsolescencia del modelo educativo

El modelo educativo que tenemos, y que se tiene en muchas partes del mundo, existe desde la modernidad. Todavía hoy, en pleno siglo XXI, persiste la idea de tener a los estudiantes en unos espacios cerrados durante todo el día, donde el conocimiento se fragmenta en porciones de tiempo y contenidos, y donde un adulto funge como quien lo sabe todo y debe transmitirlo a sus estudiantes, o como bien lo señala Narváez (2006), “una pedagogía basada en el formalismo y la memorización, en el didactismo y la competencia, en el autoritarismo y la disciplina”.

A pesar de toda la literatura que se ha producido desde los 1900 –empezando por Dewey,

pasando por Vygotsky, llegando hasta Freire, Zuleta, y hoy día hasta las pedagogías insumisas— y, que de una u otra forma, han brindado elementos para pensar la educación de otras formas, se sigue poniendo al maestro en el centro del proceso enseñanza-aprendizaje y que su labor se circunscriba a lo que Freire llamaba el modelo bancario: depositar unos conocimientos en los estudiantes y posteriormente retirarlos mediante exámenes. Esta es una idea de la sociedad en general: los administrativos docentes, los padres de familia, y los estudiantes.

La pandemia ha puesto de manifiesto la obsolescencia en que hemos caído en términos de entender el proceso enseñanza-aprendizaje más allá de los contenidos y más allá de los muros. Hoy, enfrentados a los retos que nos ha supuesto la pandemia, muchos maestros han optado por “traducir” lo que solían hacer en el salón de clase a la mediación por una pantalla. Así pues, muchos continuaron “dictando” sus clases de manera sincrónica; han acomodado un tablero en la sala o el comedor de su casa para que los estudiantes los vean a través de la pantalla del computador, o comparten pantalla y van mostrando sus diapositivas. Otros envían las mismas guías que usaban en la clase para los trabajos en grupo. Muchos exigen a sus estudiantes que enciendan las cámaras para verlos (o vigilarlos). Esto está sucediendo tanto en la enseñanza primaria y secundaria, como en la terciaria.

Se pone de manifiesto, entonces, que, si bien es cierto que la pandemia nos tomó por sorpre-

sa y no estábamos preparados para transformar de la noche a la mañana la enseñanza presencial en virtual (valga la pena aclarar que lo muchos estamos haciendo no es “educación virtual”), necesitamos replantear seriamente nuestro modelo educativo. Creo, firmemente, como lo dice de Sousa Santos (2020), que la escuela es más que un espacio para hacer una transferencia de contenidos; es el lugar donde se socializa, se hace comunidad, se negocia, se aprende a ser. En ese sentido, también creo que es necesario pensar la escuela desde otros ámbitos, donde los contenidos no sean impuestos unidireccionalmente, sino co-construidos con base en las necesidades e intereses de los estudiantes (esto no es nuevo, por supuesto); donde la presencialidad cumpla unas funciones de sociabilidad, de comunidad y no de disciplinamiento y control; donde se incorpore el aprendizaje virtual, y donde se trasciendan los muros, que se entienda, como bien lo señala Orozco (2004), que hoy la educación no pasa por la enseñanza sino por el aprendizaje.

Sin embargo, quiero poner de manifiesto que la obsolescencia no es responsabilidad exclusiva de los maestros; se hace tangible aquí que los discursos pedagógicos van por un lado y los económicos por otro. Los maestros sabemos de aprendizaje significativo y de aprendizaje por proyectos, y de innovación, pero infortunadamente estos modelos pedagógicos no se implementan, porque el sistema educativo debe responder a los intereses de las entidades supra nacionales (FMI, Banco Mundial, BID) que son las que, al fin y al cabo, dicen lo que se debe enseñar y cómo, y cuyos resultados se “verifican” en los exámenes estandarizados

como Saber 11 y Saber Pro. Ante estas macro-estructuras de poder, los maestros quedan indefensos y vencidos. Queda así demostrado que el neoliberalismo alcanza dimensiones insospechadas y que su incidencia en el sistema educativo es muy fuerte, pues necesita mantenerlo obsoleto para servir los intereses del mercado, y que en tiempos de pandemia, todas estas prácticas obsoletas se exageran y profundizan.

Enseñar y aprender: todos bajo sospecha

Mencionaba arriba que nuestro modelo educativo nace en la modernidad y, en esencia, no ha cambiado. Es un modelo altamente positivista que favorece la actividad cognitiva sobre todas las otras dimensiones del ser humano, y se fundamenta fuertemente en el aprendizaje memorístico. Es también un modelo que busca la homogeneidad, el control, y la disciplina sobre el cuerpo y sobre la mente (Foucault, 1995).

En ese sentido, y conectando con el apartado anterior sobre la obsolescencia, enseñar y aprender en la pandemia se ha convertido en una actividad de sospecha constante, donde unos y otros nos vigilamos ante la desconfianza frente al otro: el administrativo docente desconfía de sus maestros y maestras; estos, a su vez, desconfían de los estudiantes; los padres desconfían de los maestros, y así nos vamos enfrascando en un laberinto de sospechas. Pareciera que pensamos tan poco de los “otros”, que tenemos que vigilarlos porque, de lo

contrario, “no trabajan”.

Esta mutua desconfianza se ha hecho mucho más tangible en estos tiempos de pandemia, de trabajo en casa y de trabajo remoto, y, por ende, unos y otros pedimos “evidencias”; ya no es suficiente hacer el trabajo, sino que ahora hay que presentar reportes de qué se hizo y adjuntar las famosas “evidencias”. En la sociedad de la “transparencia”, como la llama Han (2017), la desconfianza se hace cada vez más fuerte y gracias a las plataformas de moda (Teams, Meet, y Zoom, por mencionar las más conocidas), y a sus características de “Gran Hermano”, las clases se pueden grabar; también, se pueden tomar pantallazos de los dispositivos, hacer videos o fotos de los estudiantes haciendo las tareas, etc. Todo esto para disipar la desconfianza de los “otros”.

Esta desconfianza se ha ido instalando gracias a las prácticas neoliberales de implementar modelos empresariales en la educación, que se usan para medir productividad y que se reducen a cifras y números, estadísticas frías que nada dicen de los procesos que se llevaron a cabo (Escalante, 2016).

Si enseñar y aprender era una actividad que estaba perdiendo sentido en la presencialidad, en tiempos de pandemia ha quedado al descubierto que el problema es peor de lo que pensábamos. El acto de enseñar y aprender queda desprovisto de su naturaleza intersubjetiva, di-

námica, y que por incierta es fascinante. En esta perspectiva, no importa el acto de enseñar y aprender en sí, sino la evidencia del acto. Ya no es relevante que el estudiante tenga toda la experiencia del aprendizaje, que viva el éxito y el fracaso, el ensayo y el error, la alegría y la frustración, los encuentros y los desencuentros con los otros, sino que exista la prueba, el resultado final: la foto o el video que terminan convirtiéndose en unos dispositivos desprovistos de todo el significado del proceso enseñanza-aprendizaje.

Así, vemos cómo las lógicas del neoliberalismo se van instalando de maneras tan sutiles en nuestro quehacer diario, que han logrado no solo minar el trabajo del docente, sino que toda la comunidad educativa participe pasivamente en la legitimación de modelos de vigilancia y control, que nada tienen que ver con el proceso de enseñar y aprender.

La pandemia por el Covid-19 se ha convertido en una situación que, para muchos, solo era posible en los relatos de ciencia ficción. La vida, como la conocíamos, parece un recuerdo ya, y no sabemos si algún día volveremos a vivirla como solíamos hacerlo. Los cambios han sido para todos, y el ámbito de la educación no ha sido la excepción. Maestros, maestras, directivos docentes niños, niñas, jóvenes, padres, madres, nos hemos visto en la necesidad de aprender a vivir el día a día mediados por la pandemia. Ojalá que esta experiencia nos sirva para ser mejores seres humanos, y nos sirva, sobre todo, para salir de las lógicas del neoliberalismo y podamos devolverle al acto de enseñar y aprender la magia del descubrimiento

con el otro.

Referencias

De Sousa Santos, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. CLACSO.

Escalante, F. (2016). *Historia mínima del neoliberalismo*. Turner.

Foucault, M. (1995). *Discipline and punish. The birth of the prison*. Second Vintage Book Edition.

Guerrero, C. H., y Quintero, A. (2016). *Las voces de los maestros frente a las políticas educativas: ¿La Ilusión de la democracia?* Universidad Distrital “Francisco José de Caldas”.

Han, B. C. (2017). *Psychopolitics. Neoliberalism and New Technologies of Power*. Verso Futures.

Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Akal.

Narváez, E. (2006). Una mirada a la escuela nueva. *Educere*, 10(35), 629-636.

Orozco, G. (2004). De la enseñanza al aprendizaje: Desordenamientos educativos-comunicativos en los tiempos, escenarios y procesos de conocimiento. *Nómadas*, (21), 120-127. http://nomadas.ucentral.edu.co/nomadas/pdf/nomadas_21/21_9O_Delaensenanzaalaprendizaje.pdf